



XII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2010

PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL PUEBLO DE GRISEL:

Relato premiado: *“La chica de ayer”*.

Autor / a: Joaquín Marco Montañés. Utebo (Zaragoza)

LA CHICA DE AYER

Pedro busca nerviosamente el paquete de cigarrillos en los múltiples bolsillos de su chaleco fotográfico. Después de la comida es cuando verdaderamente aprecia el aroma del tabaco, el resto de los dos paquetes que se fuma a lo largo del día, y de la noche, los consume, los quema uno tras otro sin saborear.

-Vaya – se dijo con fastidio.

Le quedan solamente tres cigarrillos en el paquete de cartón rojo y blanco de su marca favorita y para sentirse seguro tenía que llevarlo casi lleno. Sacó uno y cuando iba a encenderlo vio el cartel de prohibido fumar justo enfrente de él. Por no levantarse de la mesa e ir hasta la pequeña barra preguntó desde allí al camarero.

-¿Puedo fumar?

Sin apartar la vista del televisor le contesta.

- No creo que proteste nadie. A mi no me molesta.

-Que gracioso –piensa Pedro. En el pequeño comedor el único comensal era él mismo. La joven pareja que cenaba en la mesa del rincón cuando entró, hacía un buen rato que se habían marchado dándole las buenas noches al pasar junto a su mesa. Por cierto que la chica tenía un buen culo al que se le fueron los ojos cuando caminaban cogidos de la mano hacia la puerta de salida.

La primera calada le penetró profundamente en los pulmones y le hizo toser levemente. A sus 45 años tal vez debía ir planteándose el dejar de fumar.

-Y de beber y de...- pensó dibujándose una sonrisa amarga en la boca grande de su rostro, fuerte y de facciones pronunciadas, marcados pómulos y predominante mandíbula

¿Cuántas veces le había dicho ella que lo dejase, que tosía por las mañanas al levantarse, que se cansaba enseguida cuando jugaba algún partido de tenis, que olía toda la casa?

Ella, ella, ella, María... Entre las volutas del humo azul, a contra luz de la pantalla fosforescente de la televisión que tenía ensimismado al viejo camarero, imaginó el rostro de la mujer, su mujer. ¿Por cuánto tiempo seguirían sus vidas unidas? Las cosas no funcionaban bien entre ellos. Lo sabía, lo notaba. ¡Esos silencios! ¡Esas miradas sin decirse nada!

-Tenemos que hablar –le había dicho ella cuando salió de casa.

-Cuando vuelva, María. Cuando vuelva hablamos todo lo que quieras.

Se encendió un nuevo cigarrillo mientras apuraba el güisqui, siempre solo y en copa ancha de brandy, una de sus muchas manías y pensó que podía haberle pedido a María que le acompañase en este viaje por el Moncayo. Al director del periódico no le hubiese importado. Con tal que el reportaje y las fotos para el suplemento quedasen bien, las dietas serían lo de menos. Mientras el alcohol descendía por su garganta se preguntó: ¿Hubiera querido venir?

Aplastó la colilla en el cenicero y con ese gesto pareció querer eliminar también sus molestos pensamientos. La cena no había estado nada mal, hacía tiempo que no degustaba una sopa de ajo tan apetitosa, el ternasco estaba delicioso y tiernísimo y el

plato de setas, recién recogidas en las laderas de Moncayo le habían dicho, fue un manjar de Dioses. El crianza Campo de Borja, 100% garnacha, con cuerpo, color y estructura, era un tinto con poderío y grado, de lo mejor que había probado últimamente. Lo incluiría en el reportaje.

Se levantó y fue a la barra a pagar la cuenta. Preguntó al camarero si tenían tabaco aunque ya había visto la máquina expendedora con un cartel de “NO FUNCIONA”

-No señor. Tenemos la máquina estropeada.

-¿Dónde podría comprar?

-A estas horas... ¿Hacia donde va usted, señor?

-A Grisel. A la casa rural.

-¡Hombre, Grisel! Un pueblo muy pequeño, pero tranquilo de verdad. ¡Y muy bonito! El bar de allí seguro que estará cerrado. Lo mejor será que entre en el hotel “Las Brujas” que está a unos trescientos metros del desvío a Grisel. La cafetería la tendrá abierta.

Pagó dándole las gracias y dejando una buena propina y emergió de la bodega donde estaba el restaurante. Le sorprendió el silencio y la oscuridad en la angosta calle y la intensa lluvia que comenzaba a caer de un cielo que no veía, oculto por los amplios aleros. Desde el soportal de piedra tallada vio su pequeño todoterreno aparcado solitario bajo la mortecina luz de una farola en la plaza rectangular donde rebotaban, resonando en el silencio, los enormes gotillones sobre el negro empedrado.

En una corta carrera llegó hasta el vehículo y se introdujo en él depositando la bolsa de material fotográfico y el ordenador portátil en el asiento del acompañante. El equipaje lo había dejado en el maletero confiando en que no se lo robasen, pero sus “herramientas electrónicas” procuraba que se separasen de él lo mínimo posible. Con la “pasta” que había invertido sólo faltaba que se las “levantase” algún raterillo y acabasen malvendidas en algún Rastro.

Arrancó muy suavemente, como si le doliese romper la quietud que le rodeaba, y con la máxima velocidad del limpia-parabrisas para expulsar el agua del cristal delantero. Giró a la derecha tomando la calle que le llevaría a la comarcal que, atravesando el pueblo, y dejando otra vez a la derecha, el monasterio de Veruela, se dirigía hacia la N122, dirección Tarazona. O al menos eso confiaba, porque con aquella lluvia y de noche podía aparecer en cualquier sitio.

A la salida del pueblo creyó vislumbrar, tras la cortina de agua, las blancas tapias y los negros cipreses del cementerio de Vera de Moncayo. Esa misma mañana lo había fotografiado bajo la suave, cálida y ambarina luz del amanecer con el fondo magnífico de la mole inmensa del Moncayo y el medio derruido castillo de Trasmoz aferrado en lo alto del pelado cerro. Cruzó el puente sobre el pequeño río estacional de La Huecha a cuyos márgenes la sombría alameda se estremecía agitada por el vendaval tormentoso y unos metros más adelante, donde se bifurcaba en dos la estrecha comarcal, tomó el desvío de la izquierda que ascendía suavemente. Pensaba que no debía faltar mucho para llegar al cruce con la nacional, pero la maldita carretera, estrecha y llena de curvas, y con el aguacero arreciando, se le estaba haciendo interminable.

Y entonces fue cuando la vio. La exigua luz de los faros, tamizada por millones de brillantes gotas en suspensión, iluminó la escena. Pedro distinguió la oscura sombra, la figura empapada. Y las señales indicadoras, reflectantes como fogonazos en la noche, a derecha e izquierda. Y la columna de piedra. Y las rayas blancas en el asfalto, cubiertas por el río que se había convertido la carretera, indicando el cruce. Y la señal de stop, roja como la sangre.

-¡Dios mío! -exclamó.

A pesar de la impresión, pisó suavemente el pedal del freno para evitar el “acuaplaning”, que haría tan ingobernable el vehículo que se deslizaría sin control hasta detenerse. Bajó la ventanilla del acompañante y gritó:

-¿Pero que haces ahí, chiquilla? Anda sube, rápido.

Pedro se volvió hacia el asiento trasero donde se había sentado la chica y vio el cuerpo delgado y empapado de una joven, un rostro medio tapado por los cabellos chorreantes, pálido como la luz de la luna, unos ojos oscuros y sin brillo y unos labios sin color.

-¿Cómo se te ocurre ponerte a hacer autostop con esta lluvia y a estas horas. A dónde vas? –preguntó intrigado Pedro.

-Voy a Grisel –contestó con una voz apenas audible. –Tengo frío.

-¡A Grisel! Has tenido suerte pequeña, yo voy también allí. ¡Vamos!

Se giró hacia delante y reinició la marcha, incorporándose con sumo cuidado a, la ahora sí, espaciosa carretera nacional, mientras le decía que si quería podía quitarse el empapado jersey y ponerse el chaquetón que había en el asiento.

Estaban ya descendiendo el puerto de Lanzas Agudas mientras la tormenta se iba debilitando apresuradamente, abriéndose las nubes para dejar aparecer una brillante luna llena que iluminaba el paisaje con una lechosa claridad, cuando escuchó la angustiada voz desde el asiento de atrás:

-¡Cuida con esa curva, cuida con esa curva!

Instintivamente aflojó el pie del acelerador, agarró con más fuerza el volante y rectificó un poco la trayectoria que ya le había hecho derrapar mínimamente e invadir el carril contrario.

-¡Uff! ¡Vaya! ¡Gracias! Se nota que eres de por aquí y conoces la carretera. Creía que la curva no era tan cerrada.

Terminaron de bajar el puerto y la carretera se transformó en una larga recta custodiada a la izquierda por los gigantes y níveos molinos eólicos apostados sobre la alargada silueta del monte de La Diezma. Mientras circulaban al lado del silencioso y deshabitado polígono industrial y viendo ya el cartel indicador del desvío a Grisel Pedro dijo a la chica que iban a parar a comprar tabaco en el hotel.

Aparcó el coche frente al edificio de ladrillo color arena e invitó a bajar a la chica y tomar un café para entrar en calor.

-No –dijo lacónicamente-. Tengo frío.

-Está bien, compro el paquete y nos vamos rápidamente.

En un par de zancadas subió los cuatro escalones de acceso a la puerta y entró en la cafetería, amplia y funcional. De un rápido vistazo recorrió el local y descubrió la máquina a su izquierda. Se acercó y comenzó a introducir las monedas con el precio exacto de su marca favorita mientras pensaba:

-Vaya chica más rara he ido a coger. No habla prácticamente nada, tan pálida y demacrada, con esos ojos apagados, parece una drogata.

-¡Hostias, una drogadicta y todo mi equipo en el coche. Seré gilipollas, seguro que me lo levanta todo!

-SU TABACO, GRACIAS.

Recogió rápidamente el paquete y salió corriendo hacia el exterior. Desde la misma puerta de la cafetería ya vio que la chica no estaba en el interior del vehículo.

-¡Se ha ido, se ha ido. Me cago en ...! –casi gritó.

Cuando abrió la puerta del todo terreno y vio sobre el asiento delantero, tal y como él lo había dejado, el ordenador portátil y la bolsa fotográfica, suspiró aliviado y mirando alrededor se preguntó: -¡Pero donde se habrá metido...! –Sus ojos recorrieron el desierto aparcamiento, la solitaria carretera y la cercana gasolinera, iluminada por los neones de los rótulos de una de las multinacionales petroleras y también, por supuesto, ¡vacía!.

Atravesó el reseco seto que separaba el aparcamiento de la gasolinera y se acercó a la pequeña tienda y oficina.

-Buenas noches –saludó al sorprendido gasolinero que medio dormitaba tras la caja registradora.

El hombre no había visto nada ni a nadie desde hacía por lo menos una hora en que había llenado el depósito a un camión. Pedro le dio las gracias y echando una nueva mirada a los alrededores se subió al coche y, retrocediendo unos metros por la nacional, tomó la pequeña carretera local hacia Grisel.

-Que extraño –pensó –¿Dónde se habrá metido? ¡Pero si iba totalmente calada! ¡Estos jóvenes...!

En unos minutos llegó al pequeño pueblo iluminado por unas tenues bombillas. Nada más pasar el minúsculo parquecito de la entrada, la carretera, convertida ya en calle, le llevó justo a la casa azul y blanca con el cartel indicativo de alojamiento rural en la fachada. Aparcó, recogió la pequeña maleta y las bolsas fotográficas y llamó en la puerta metálica, demasiado baja para su estatura.

La mujer que le abrió, de una edad indefinida, parecía sacada de otros tiempos. La forma de vestir, chaqueta de lana oscura y falda hasta debajo de las rodillas, también oscura, y el pelo recogido en un alto moño era como una imagen de los años sesenta.

-Buenas noches, ¿Pedro Longás? Le estábamos esperando.

-Si. Bueno, se me ha hecho un poco tarde –contestó franqueando la entrada.

Los colores azules y ocres de las paredes, los maderos del techo, la chimenea que ardía alegremente, la amplia escalera que, a la derecha, ascendía hacia los pisos superiores y el suelo de baldosas de barro rojo le causaron una grata impresión. Le gustó la casa.

Después de subir el equipaje a la habitación, amueblada también con mucho gusto, darse una relajante ducha y ponerse cómodo, tomó el pequeño ordenador portátil y bajó al cálido salón donde ardía la chimenea. Junto a ella, en una mesita baja de nogal, tenía preparada una bandeja con su botella de güisqui preferida y una copa de gran tamaño.

-Tal como le he pedido –pensó Pedro sonriendo y arrellanándose en el mullido sillón cercano al hogar.

Comenzó revisando las fotos hechas durante los días que llevaba en la zona y que previamente había descargado de la cámara. Trasmoz, Vera, Litago, Lituénigo, Santa Cruz, San Martín, el Moncayo desde distintos ángulos y perspectivas...Ya sólo le faltaban Grisel y Tarazona.

-Tengo que fotografiar alguna de de las casillas del monte y del famoso pozo de Los Aines –se dijo–. La calidez del fuego y del güisqui le hacían sentirse estupendamente. Sus dedos se deslizaban rápida y suavemente por el teclado

trasladando en palabras las vistas y sensaciones que había recogido en los últimos días.

De pronto tuvo una impresión extraña, como si le estuviesen observando, una mirada que presientes en la espalda. Se volvió instintivamente pero no vio a nadie, estaba completamente solo en el salón. Sus ojos recorrieron la habitación hasta tropezar con una fotografía colgada en la pared. Giró el sillón y quedó frente a ella. Era el retrato de una niña, una adolescente más bien. Tendría 15 o 16 años. El rostro ovalado y sonrosado, los labios rojos y carnosos que enmarcaban una sonrisa ancha y franca, llena de vida y esperanza. Y los ojos avellanados y verdes, chispeantes y alegres.

-¡Preciosa, que ojos tan extraordinarios! –pensó Pedro casi en voz alta–. Es un retrato perfecto. Y la niña es bellísima. ¡Como no voy a sentir tu mirada!

Las volutas de humo azul de su cigarrillo formaban una neblina entre su mirada y la fotografía, estaba extasiado, admirado... Como un relámpago cruzó otra visión por su mente. –Esos ojos... no, no puede ser... –. Los ojos de la chica recogida en la carretera y entre vistos durante unos segundos por el espejo retrovisor parecieron converger con los del retrato.

-Imposible, aquellos eran apagados, oscuros, sin brillo... pero...

Un ligero carraspeo detrás de él le hizo volverse y medio incorporarse tan rápidamente que casi estuvo a punto de tirar el ordenador portátil apoyado en sus piernas. –¡Dios...! –bufó Pedro.

-Perdone, ¿le he asustado? –dijo la mujer que le había abierto la puerta cuando llegó y que en esos momentos estaba en medio de la habitación con los brazos cruzados, mirándolo.

-La verdad es que si –contestó Pedro medio sonriendo –. No la he oído llegar. Estaba admirando el retrato. ¿Quién es?

-Era mi hija –dijo la mujer con una tristeza infinita.

-¿Era...?

-Si. Se mató en un accidente de coche.

-Oh. Vaya. Lo siento –dijo un azorado Pedro.

-¿Necesita alguna cosa más?

-No, no. Ya me iba a dormir.

-Muy bien. Hasta mañana. ¿Le llamo a alguna hora?

-No, gracias. Me levantaré muy temprano para hacer unas fotos a la salida del Sol. Me despertaré con mi reloj. Buenas Noches.

Ya en su habitación, a Pedro le costó dormirse. Su sueño era muy intranquilo. Daba vueltas y vueltas en la cama mientras los ojos de las dos chicas revoloteaban en su mente como mariposas. De repente algo le despertó. Se quedó inmóvil en la cama. Le había parecido oír como un lamento, un sollozo apagado. Se levantó y dio una vuelta por la habitación, escuchando. Sí, ahora lo oyó perfectamente. Era un llanto, pero no provenía de la casa, parecía oírse en la calle. Se acercó lentamente hacia el balcón y descorriendo con cuidado las cortinas miró hacia el exterior.

La luna bañaba con su blanca claridad la calle y los tejados de las cercanas casas de enfrente. Allí, junto a la puerta verde del chaflán, estaba aparcado su coche. No se veía ni un alma. Seguía oyendo los lamentos. Recorrió con la vista las sombras de los tejados y entonces lo vio. Sus miradas se cruzaron.

-¡Me cago en... Pero si es un gato!

Efectivamente, sobre las viejas tejas del cobertizo de enfrente, un enorme gato gris lanzaba sus ronroneos amorosos a otro encaramado en el alfeizar de una destartada ventana. Abrió las hojas del balcón y, antes de que hiciese ningún gesto, los dos animales callaron al instante y huyeron saltando por los tejados.

-Seré gili..., ¡mira que confundirlo con una persona llorando! –se dijo cerrando de nuevo y volviendo a la cama–. Aunque sí, se parece un poco... –pensó, sonriendo.

El soniquete digital de su reloj de pulsera le despertó temprano. Se levantó y vistió rápidamente. Asomándose por el balcón vio que el cielo estaba despejado y sin nubes por el horizonte. –Un buen día para hacer fotos –pensó. Cogió la bolsa fotográfica y salió de la habitación. La casa estaba en completo silencio. Bajó las

escaleras pisando muy suavemente y se dirigió a la puerta de salida. Cuando ya tenía la mano en el picaporte, dejó la bolsa en el suelo y, volviéndose, se encaminó hacia el salón donde había estado trabajando la noche anterior. No entró. Se quedó en el quicio de la puerta. Sus ojos buscaron el retrato de la chica. Allí seguía, sonriendo. La corta melena rubia, el rostro ovalado, los ojos avellanados, verdes, chispeantes... No supo los minutos que estuvo allí parado, pensativo, mirando la fotografía. Con un movimiento repetido de su cabeza, como para alejar los tristes pensamientos, se dio la vuelta, cogió de nuevo la bolsa y salió a la calle.

Arrancó el todoterreno y giró a la izquierda. Pasó por la pequeña plaza donde unas farolas, todavía encendidas, alumbraban unos solitarios bancos, una callada fuente y dos árboles, de escuálidas y colgantes ramas, que parecían hacer guardia a los lados de la puerta de la Iglesia: sencillo y pobre ladrillo de barro, desgastado por el tiempo y las palomas. Circuló alrededor del castillo donde algunas casas pegadas a su base parecían sujetarlo o sustentarse ellas mismas y un medio podrido andamio de vigas de madera pugnaba por mantener vertical un lienzo de muralla.

Salió por fin a la carretera por donde había llegado y, entre las luces del amanecer, distinguió el cartel indicativo que informaba de los tres kilómetros que lo separaban de Tarazona. Al llegar al cruce de la nacional, mientras estaba parado en el stop, pensó que con aquella luz que comenzaba a iluminar el cielo podía hacer unas magníficas fotos del Monasterio de Veruela. Las del día anterior no le terminaban de convencer. Así que en vez de girar hacia la izquierda, donde se comenzaban a recortar las siluetas de las Iglesias de Tarazona, tomó la derecha.

Al pasar de nuevo por el solitario polígono industrial se encendió el primer cigarrillo del día. Colocó una cinta de casete en el viejo auto-radio y la desgarrada voz de Antonio Vega, “*Un día cualquiera no sabes que hora es...*” se dispersó por la larga recta donde, a la derecha, el monte de La Diezma comenzaba a recibir los primeros rayos de Sol.

Ya estaba ascendiendo el puerto de Lanzas Agudas. Fue a abrir el cenicero. Durante unos segundos apartó la vista de la carretera. Imperceptiblemente, movió el

volante unos centímetros de más. Cuando volvió a mirar al frente estaba en el carril contrario. El otro vehículo lo tenía prácticamente encima. Todo se hizo enormemente lento. Intentó girar el volante en sentido contrario, acelerar para alejarse. Pero el coche rojo se acercaba inexorablemente. Vio perfectamente al conductor: los brazos extendidos y rígidos preparados para el impacto, el chillido de las ruedas sobre el asfalto, el rostro de la chica acercándose, acercándose, acercándose...: la ovalada y sonrosada cara, los labios carnosos y rojos en un gesto de sorpresa y horror, y los ojos de avellana, verdes, chispeantes, penetrando en los suyos como el acero de una espada, fundiéndose como hielo y fuego en una profunda oscuridad.